

# Un FIBA atípico

MÓNICA BERMAN

Entre el 5 y el 18 de octubre de 2009 se realizó el Festival de Teatro de Buenos Aires (FIBA). Por muchas razones fue un festival atípico. Con la llegada de Mauricio Macri al gobierno de la ciudad de Buenos Aires corrían los rumores de la desaparición del festival, un festival que había tenido seis ediciones anteriores y que se había caracterizado por traer a Buenos Aires, al menos en los últimos tiempos, a figuras del mundo (vigentes o no) relacionadas con el teatro.

162

El FIBA no desapareció pero tuvo por primera vez en su historia un cambio importante en relación con su orientación. Se hicieron cargo esta vez, Alberto Ligaluppi y Rubén Szuchmacher que asumieron, además, el rol de curadores del festival, es decir, fueron quienes decidieron solos, salvo en el caso del teatro de las provincias, qué obras se presentaban en este marco. Otra "noticia" que se echó a correr fue la del recorte de presupuesto, de acuerdo con estas versiones se tejieron múltiples explicaciones para cosas que nunca sucedieron. La reflexión era sencilla, como el Gobierno de la Ciudad aportó menos dinero, se trajeron obras de bajo costo. Se atribuyó a la falsa ausencia de dinero, la decisión estética y política de dos curadores.

Un festival lamentablemente lleno de malos entendidos. ¿Por qué "lamentablemente"? Porque hubo quienes supusieron que apoyar el festival implicaba "acordar" con el color político del Gobierno de la Ciudad y esto conllevó una comprensión equivocada de los fenómenos artísticos de Buenos Aires ¿Qué será lo mejor? ¿Dejar los teatros oficiales sin directores? ¿Dejar en *stand by* todo proceso vinculado a la cultura, que todos los hacedores relacionados con lo institucional se crucen de brazos y esperen un nuevo mandato que coincida ideológicamente con ellos? El FIBA es de todos los ciudadanos porteños y defenderlo es un modo de ejercer resistencia.

Muchos espectadores, gracias al prejuicio que acompañó cierta prensa, se perdieron un festival sumamente interesante. Un festival que no trajo figuras porque tomó la

decisión política de no traerlas. Que decidió generar polémica, entablar diálogo, discutir estética y política. Arriesgarse trayendo lo que no necesariamente circula en los festivales del mundo. Otro modo posible, en fin, de llevar adelante un FIBA.

Como se decía previamente, algunos sostuvieron que sólo un recorte de dinero podía ser el responsable de que Alemania no hubiera tenido representantes, o que Francia hubiese estado presente con tres obras de jóvenes directores. Ahora bien, la decisión de no traer lo que estos países imponen en los festivales del mundo ¿no es un modo de resistir políticamente? Y está claro que los laureles de estas acciones no se las lleva el jefe de gobierno porteño. Se decidió, además, que Latinoamérica tenía que tener mayor presencia, y que países como Mozambique o República Checa debían tener un lugar. La presencia de la propia ciudad también se multiplicó en este festival. Y se incorporó el teatro de las provincias. Se tomaron algunas decisiones que provocaron enojos en el campo teatral porteño: la ausencia de quienes habían estado en festivales anteriores. Y es evidente que nadie pretende sacarles el mérito que tienen, justamente por ello es que ya no necesitan la vidriera que implica el FIBA, al tener una trayectoria importante son igualmente convocados por el mundo teatral. La elección de ampliar el juego a otros protagonistas del quehacer porteño es también un planteo político. Es necesario aclarar que los festivales reciben, entre otros, a curadores extranjeros y que, por lo tanto, la oferta local se exhibe con la esperanza de viajar a su vez a otros festivales.

163

Pero todas estas cuestiones vinculadas a causas tanto políticas como estéticas, fueron acompañadas además por propuestas de otra índole. Muchas de ellas, dispuestas a perdurar: la búsqueda de construir un archivo, evidenciado en la grabación de los *happy hour* (encuentros del público con los artistas) o el catálogo que realizó cuidadosamente Federico Irazábal, con fichas técnicas, sinopsis y fotografías de las obras. Es decir, una concepción que llevó a construir una memoria de este festival. Como todos sabemos el teatro es un acto efímero, por lo tanto todo registro que lo inscriba, aunque más no sea desde los bordes, es absolutamente bienvenido.

Por otro lado, el teatro estableció vínculos con el cine, en la propuesta de *Cámara Hamlet*, proyecciones de películas del clásico shakesperiano, y con las bibliotecas, como en el caso de *Babel*, la biblioteca, cuyo objetivo fue la lectura de textos en su lengua original. Hubo muestras de fotografía teatral, como en el caso de *El teatro de los '90* en fotos de Magdalena Viggiani y un acercamiento al trabajo del gran escenógrafo Saulo Benavente, con bocetos, fotografías y video. Por otra parte, se instauró un concurso de ensayos en conjunto con el INT (Instituto Nacional de Teatro) que está destinado a permanecer.

Entre muchas otras actividades, éste fue un festival que apostó a registrarse como pasado y a proyectarse como futuro, como lo demuestra el *Primer certamen de jóvenes críticos, Ojos al mundo: teatro*, un laboratorio de periodismo crítico en el FIBA en el que participaron una serie de jóvenes muy jóvenes, dirigido por quienes coordinan el programa de Formación de Espectadores, Ana Durán y Sonia Jaroslavsky. Un festival diferente. Si el teatro no implica riesgo, en realidad, poco tiene de teatro.